

PRESENTACIÓN DEL TOMO III DE LAS *OBRAS COMPLETAS*,  
DE JORGE LUIS BORGES.

Estimados compañeros de mesa.

Señores académicos, público que nos acompaña.

El manido axioma latino, *In trinum perfectum*, nacido posiblemente en el pueblo y ascendido por grados a niveles jurídico, filosófico y finalmente al remontado teológico, lo retraemos aquí como colofón celebrante de un sostenido, laborioso y armónico esfuerzo realizado por una tríada allegada en buena convivencia: la Editorial Emecé, que es decir, Alberto Díaz; , la Fundación Jorge Luis Borges, que es decir, María Kodama, y un caballero solitario Rolando Costa Picazo, me hubiera gustado decir, que es la Academia, pero sería abusivo, porque él, como Alan Ladd desde el título de aquella película, nos dice *Yo solo me basto*. Y lo cierto que su trabajo es personal es más que ponderable.

Se ha cerrado con esta tercera entrega lo que realmente Borges consideraría su *corpus* creativo. Junto a estos tres gruesos volúmenes, claro está, figurarán el de *Obras en colaboración*, los tres de *Textos recobrados*, que Emecé ha ido dando a conocer, desde hace años, y cuantos vengán a sumarse a esta vasta, rica y notabilísima colecta de las abundantes espigas dispersas.

Pero, lo cierto es que lo canónico se contiene en este trío. Como se sabe, esta es, a la fecha, la más completa edición anotada de la obra total de un autor argentino. Esto, por sí, no es pequeña novedad. El intento previo, frustrado, fue la edición de la Bibliothèque de la Pleiade, de *Oeuvres completes*, editadas en 1993 y anotadas por Jean-Pierre Bernés. Recuerdo que cuando apareció el tomo, publiqué en *La Nación*, “Borges en la Pleiade”, el 29 de agosto de 1993, pp. 1 y 2, que ocupaba toda la primera plana del Suplemento Literario, como correspondía por el creador editado, y más aun. Y allí, al comentar las características de esa edición, dejé constancia y muestra, de varios desaciertos del anotador en sus apostillas. Desde entonces, nos quedó la nostalgia de no disponer de una merecida obra como la que hoy se cierra.

“La pobre santa Teresa”, decía Unamuno, y acotaba: “Digo ‘pobre’ porque pienso en sus editores y glosadores”. A partir de ahora nadie podrá decir, similarmente, “pobre Borges”, porque la edición es impecable y el anotador de excelencia. La labor está cumplida: *Laus Deo*, sí, pero también a la tríada mentada.

El título menciona *Obras completas*, con un plural generoso. María Kodama en su nota epilógica, habla con más sugerencia y calibración, de *Obra completa*, en singular. Y está bien que así se diga. Borges es *Auctor unius libri*, no en el sentido con que la frase era esgrimida en la Edad Media: el autor de un solo un libro, sino la realidad de un autor de un conjunto unitivo de libros, que son, por su trabada unidad interna, uno solo. Tal es el efecto final de la doble la unidad, básicamente temática y estilística del autor que es como si toda su vida hubiera compuesto una vasta obra única, dada a conocer por entregas parciales. Cada pieza editada, venía a encajar en el canevás general, pero, a su vez, abría nuevas relaciones a futuro.

Si se me preguntara en qué imagen cifrar la obra borgesiana diría, espontáneamente, que en un Panóptico, en el que hay caminos centrales, temas axiales, organización confluyente hacia un centro o *ethymon* de cuanto imagina y escribe el creador. Una fuerza fuertemente convergente hacia ese omnipotente punto central, donde se sitúa el ojo que todo lo vigila. Cada página suya parece ordenarse en una perspectiva centrípeta. Pero al revisar la adecuación de la imagen, advierto que estoy desoyendo la otra pulsión borgesiana de sus libros, la centrífuga, que se abre y avanza hacia nuevos campos. Y entonces, a la imagen del panóptico, clusa y limitada, se me impone una de sus figuras preferidas: la esfera de Pascal, que precursara la red de redes, para decirlo con un aumentativo hebraico que le sería grato.

De ese caudal de páginas, él supo, en dos ocasiones, recortar un haz de ellas, dos antologías personales que funcionan como un aleph y una esfera pascaliana portátiles. *In nuce*, nos dan la imagen de su universo. En el colegio manejábamos el pantógrafo, que convertía una pequeña imagen en otra gigantesca, solo con seguir los bordes de aquella. Así al leerlo a Borges, la ficción se abre dehiscentemente hacia mundos vecinados, emparentados u opuestos, en una proyección siempre estimulante. El

sistema de vasos comunicantes, de galerías explícitas u ocultas, que se asocian, de caminos que tejen y destejen dibujos.

Y digo estimulante porque uno halla en Borges la previsión del alzheimer, dicho sea en nuestra fonética. Me explico. Hace unos meses, me anuncian que dos especialistas del Fleni querían verme. Al hacerlos pasar preví que habían leído algo mío y les interesaba como caso mental. Pero no. No venían por mí, venían por Ireneo Funes. Lo que me tranquilizó y me alarmó a la vez. Estos varones de la ciencia neurológica me consultaron acerca de si yo sabía si Borges había leído a un autor ruso que en los años 1920 y tantos había publicado la descripción de un caso clínico con las mismas características de las de Ireneo. Debatimos la cosa, busqué salidas y entradas posibles. El nombre del ruso no aparecía en las páginas del maestro argentino. Les recomendé revisar la undécima edición de la *Enciclopedia Británica*. por si en alguna de sus monografías saltaba el nombre. Realmente, el enigma aun irresuelto por vía de la erudición, puede resolverse por camino de la intuición creadora borgesiana, sin necesidad de referir el caso Ireneo al caso del paciente del neurólogo ruso. Y les recordé algo que es interesante. Una autora argentina, rosarina, radicada hace mucho en Italia, en la Università di Macerata, la doctora Graciela Ricci, doctora en letras y en neurolingüística, ha publicado un interesante estudio titulado. *Borges y las redes invisibles del lenguaje*, que en breve va a ver la luz en edición argentina. Allí Ricci postula que la lectura de Borges estimula nuestras neuronas y mantiene activa nuestra corteza cerebral mediante sus juegos de paradojas, ambigüedades, polisemias, oxímoron, ironías, todas figuras verboconceptuales que exigen al lector una atención aplicada y un esfuerzo de comprensión sostenido.

Creo que se impone que armemos una antología borgesiana ordenada por grados de dificultad lectora, para que quien curse esas páginas, vaya siendo habilitado por las mismas, en su escalonamiento, para penetrar en el tuétano medular escondido en el hueso trabajoso de roer, que Rabelais asocia a la tarea de leer textos complejos. Sabemos, claro que es engañoso pensar que los cuentos directos, como los menta Borges, de *El informe de Brodie*, sean simples. El acude a aclarar la cuestión en el prólogo al contrario: “No me atrevo a decir que son sencillos; no hay en la tierra una sola página, una sola palabra que lo sea, ya que todas postulan el universo cuyo más notorio atributo es la complejidad”.

Sabemos que es engañoso el título, vendedor para ingenuos, que reza: *Borges para millones*. Borges no es un autor para el público municipal y espeso. Pero es función educativa y responsabilidad de muchos hacer que todos tengan acceso a él. Esta promoción y supramoción lectora destierra las actitudes populistas de los gobiernos que pretenden mantener al pueblo en un mismo nivel, dándole siempre más de lo mismo, para que no crezca y desarrolle su espíritu crítico. Con lo que tendríamos un Borges nutridor de la democracia inteligente. Porque Borges, como todos los clásicos, es un merecimiento, su lectura pide un peaje, no hay pase electrónicos sin barreras en sus páginas.

Si a esto le sumamos lo del alzheimer, se nos figura al acucioso gerente Gastón Etchegaray colocando en estos tres volúmenes una faja con la leyenda: “Evite el alzheimer, lea a Borges”. Menos seguro es que se diga, en estos momentos: “Evite el populismo, lea a Borges y crezca democráticamente.” El ha dicho: “La lectura debe ser una de las formas de la felicidad; y no se puede obligar a ser feliz”. Pero podemos ayudarlo al lector en su camino. Y darle, cada día la posibilidad de descubrir lo que Borges dice en las primeras páginas de su libro final: “La belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso”. Nos bastaría, al menos para el paraíso estético, cursar una página borgesiana

Quiero hacer un reconocimiento, y adherirme a la congratulación de María Kodama cuando celebra la labor de Costa Picazo. Su oficio es el de los puentes: estar allí, tendido, ofrecido al pasante: todos los usan y nadie repara en él, salvo, quizás los del oficio que sabemos lo arduo que eso de acertar con el nivel y grado, lo que va y no va, en cada nota al pie de textos como los que apostilló. Con sabia decisión, el almácigo de sus notas deja el texto despejado y se ofrece al final de cada libro, duplicando el volumen de este, en su contribución precisa y esclarecedora. Costa Picazo sabe que la erudición por arriba, agobia. Por eso, sus notas son sostén y basamento de la lectura, y de posibles relectura. Están allí como el ave en el arpa becqueriana, esperando el ojo del lector que sepa despertarlas.

El volumen que hoy colocamos sobre nuestras cabezas con orgullo argentino contiene -es un decir, porque ningún libro de Borges se contiene en sus letras-, lo publicado en una sola década, la que va desde 1975 a 1985. Aquí se recogen ficciones narrativas, prosas breves, poemas y

ensayos en *El libro de arena*, *La rosa profunda*, *La moneda de hierro*, *Historia de la noche*, *La cifra*, *Siete noches*, *Nueve ensayos dantescos*, *La memoria de Shakespeare*, *Atlas* y *Los conjurados*.

El último texto del último de los tomos de su *Obra completa* lo constituyen las veinte líneas de “Los Conjurados”. No es casual el valor de posición de este texto, que, además de titular su libro final, se sitúe en el espacio caudal, el último que destinó a la visita de un lector potencial.

Es cierto que el asunto versa sobre la idea de la Confederación Helvética, plasmada hacia 1291. Pero el tema humano general es la voluntad de crear una sociedad mundial imaginada por un grupo de hombres que “Han tomado la extraña resolución de ser razonables” y que “Han decidido olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades”.

Lo que está postulando Borges es una utopía global, cuando propone una Suiza *in nuce*, “En el centro de Europa crece una toma de razón y de fe”. Adviértase la *iunctura* de ambos términos en su frase y en su planteo.

En “Tlôn, Uqbar, Orbis Tertius”, nos dijo: “El mundo será Tlon”, frente al proyecto del cambio de imagen del mundo en que vivíamos. El narrador, expresa, que él seguirá de espaldas a esa nueva figuración, sin preocuparse por ella, sin tomar parte en la inundatoria y aluvial entrada de una nueva imagen del mundo por vía de la educación. Aquí nos dice: “Mañana será todo el planeta”. “Acaso lo que digo no es verdadero, ojalá sea una profecía”. Es decir, que el autor, ahora, adhiere a esta eutopía posible

Frente a las sociedades secretas cuya ambición pretende urdir la trama secreta de su poder para gobernar el mundo, -digo los Iluminatti, los Hombres de Negro y el Club Bilderberg-, Borges sugiere esta gradual expansión de convivencia y comprensión racional, de diálogo pacífico e integrador que nos hará más humanos y más habitable la realidad de nuestro mundo. Este es el legado final de toda la creación borgesiana.

Gracias por darnos a los lectores la posibilidad de esperanzarnos en ella.